

# Brandes, el danés errante

Christopher Domínguez Michael

*En este exhaustivo ensayo, Christopher Domínguez Michael, recientemente galardonado en Chile por su obra La sabiduría sin promesa, establece un recorrido por la vida de Georg Brandes, el gran crítico danés difusor de Nietzsche, estudioso de Shakespeare y de la literatura escandinava y una de las inteligencias más agudas del puente entre el siglo XIX y el XX.*

## 1. MALA POSTERIDAD

De Georg Brandes (1842-1927), quien fuera el crítico literario más famoso del mundo, no queda mucho rastro. Es como si en cien años se recordase sólo vagamente a Harold Bloom o a George Steiner: en el tránsito entre los siglos XIX y XX, Brandes tuvo el prestigio universitario, canónico, del primero y la autoridad moral, política, del segundo. René Wellek le concede, de mala gana, un capítulo entero de su *Historia de la crítica literaria* (1965) y comienza afirmando que mucho hizo Brandes para merecer el olvido. Tan famoso era el crítico danés de origen judío que en junio de 1914, nos dice Wellek, la policía tuvo que dispersar a un millar de personas frustradas por no haber logrado entrar a escuchar su conferencia sobre Shakespeare en el Comedy Theatre de Nueva York. Entre los pocos trabajos que sobre él pueden leerse en lenguas distintas al danés, se señala, melancólicamente, que Brandes no sólo era el consentido del gran público que lo leía en inglés y en alemán (en Francia su importancia fue menor), sino la clase de “intelectual público” (para usar el redundante término anglosajón) que los políticos, los aristócratas,

la gente de mundo de ese entonces, se preciaban de haber leído y de frecuentar.

Wellek reproduce la muy antipática opinión de un profesor aun más olvidado que el crítico, quien dijo que Brandes “no lleva nada adentro; no es más que un pregonero de la cultura judía continental. Ni idea tiene de lo que es poesía. [Vive] enfervorizado en su credo de serrín, o sea, racionalismo, progreso, ilustración; todo, rematadamente abstracto”.<sup>1</sup>

Nietzsche, a cuya celebridad Brandes está asociado y quien ya no alcanzó a darse cuenta de la intensa labor que el crítico hizo por su causa, al llamarlo “buen europeo y misionero de la cultura”, de alguna manera lo maldijo. Quedó Brandes en eso: en un filántropo originario de un país venido a menos, una especie de reformador cultural de los que abundaron en esa época. Tan exótico como un Rabindranath Tagore, quien al final de la vida de Brandes lo visitó en Copenhague, en lo que a la distancia se mira con una cumbre del exotismo.

<sup>1</sup> René Wellek, *Historia de la crítica literaria (1750-1950)*, IV. *La segunda mitad del siglo XIX*, versión castellana de J.C. Cayol de Bethencourt, Gredos, Madrid, 1988, p. 463.



Georg Brandes, 1895

El caballo de batalla de Brandes fueron los seis volúmenes de *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX* (1872-1890), que estaban traducidos al inglés y al alemán a principios del nuevo siglo. Apenas en 1946 los argentinos culminaron en dos gruesos tomos la traducción al español. La obra había tenido fama de enciclopédica y adornó muchos hogares burgueses del mundo porque Brandes fue, como lo veremos con más detalle, lo más burgués, en su antiburguesismo, que hubo en su tiempo. Quiso Brandes que su gran historia de la literatura europea terminase en 1848 y que fuese una sinfonía romántica a través de la cual se manifestaran los espíritus nacionales en la creación de la historia, partitura que Brandes adornó —en opinión de Wellek— con un toque positivista superficialmente tomado de Hippolyte Taine, el gran maestro francés del danés y de medio mundo en ese entonces.

Creía que la literatura expresaba la psicología de las naciones y en esa simplicidad Wellek encuentra a Brandes más como un heredero tardío de Madame de Staël, más preocupado en dividir a la humanidad europea en subgéneros, que como un contemporáneo de Nietzsche,

la dura carga que le tocaba llevar por haber difundido su filosofía. Desde entonces se le ha acusado de no comprender verdaderamente al filósofo del martillo, acusación que también he leído dirigida contra Mencken, otro de los primeros nietzscheanos. Ese cargo exige, con no poca alevosía, encontrar la arrogancia de los nietos en el entusiasmo de los descubridores.

Brandes pasó por ser un *progre* volteriano y sostuvo sin mácula ni asomo de duda que “el problema teológico” lo había resuelto Feuerbach: Dios había sido creado a imagen y semejanza del hombre, y punto. En nuestros primeros años del siglo XXI no pocos ateos y agnósticos, hartos de la gazmoñería fundamentalista que es de buen tono defender o justificar en las sociedades liberales, suscribirían la cazurra certidumbre de Brandes, quien se volvería a morir al ver a los ciudadanos libres de Dinamarca, por ejemplo, acusados de blasfemia, en 2007, por los clérigos mahometanos.

Con los años —y regreso a la glosa de Wellek— al danés le dio por los grandes hombres e incurrió en un género propio de su época, publicando libros sobre grandes escritores y héroes representativos: sobre Shakespeare (1902), libro injustamente olvidado según dicen los que saben, sobre Goethe (1915) y sobre Voltaire (1917). Más populares aún fueron sus biografías de Ferdinand Lasalle, el socialista alemán que le peleó a Marx la fama, de Disraeli (otro judío exitoso como Brandes), de Julio César (1918) o de Miguel Ángel (1921).

La influencia de Brandes fue enorme: feminista, amigo y traductor de John Stuart Mill, escudero de Ibsen, impío condenado por los luteranos, aristócrata radical y liberal nietzscheano (aunque suene raro), cosmopolita indómito y héroe público de Dinamarca, difusor de la literatura rusa, mal lector de poesía y autor de una obra que a la posteridad le ha parecido monumental y provinciana. Mejor que *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX*, que ya no se leen, Wellek prefiere recomendar como sus ensayos perdurables los dedicados a Ibsen y a Kierkegaard, su gran paisano. René Wellek concluye su capítulo sobre el danés errante, en el tomo dedicado a la segunda mitad del siglo XIX, catalogándolo entre la cadena de seres que se han equivocado sobre sí mismos, más un Sainte-Beuve que un Taine, un “Sainte-Beuve asomado a más vastos horizontes, pero mucho menos fino y sutil”. El retrato es más o menos fiable y nos sirve como introducción a la historia de quien fuera el más famoso de los críticos literarios.

## 2. INFANCIA Y ADOLESCENCIA

El episodio más notable de las memorias de Georg Brandes, al menos en lo que toca a *Recollections on my Childhood and Youth* (1906), cuenta cómo, siendo niño,

acabó por descubrir que era judío. En la calle, cuando salía a pasear con su nana y su hermano menor, Georg escuchaba a sus espaldas una palabra extraña y veía preferirla a un rapaz que le hacía caras burlescas. La gobernanta, cuando Georg le pregunta qué quería decir aquella palabra con la que aparentemente se le insultaba, le respondía que la palabra “judío” no significaba nada. Que era solamente una mala palabra.

Un día Georg le preguntó a su madre qué quería decir judío. “Los judíos son sólo gente”, dijo la señora. “¿Gente desagradable?”, insistió Georg. “Sí, a veces son gente fea pero no siempre”, le respondió la mamá. “¿Puedo ver a un judío?”, inquirió Georg una vez más. “Sí, es muy fácil” y lo tomó por la cintura y lo puso frente al largo espejo oval que estaba encima del sofá donde transcurría la conversación. “Aquí tienes a un judío”.<sup>2</sup>

La anécdota escenifica algo distinto de lo que hubiese significado en un país antisemita o como se comprendería, fatalmente, tras el Holocausto. No estamos muy lejos de las *Consideraciones sobre la cuestión judía* (1946), de Sartre, donde se formula una anécdota similar, pero todavía no estamos en Sartre... Dinamarca, en cuya capital nació Georg Morris Cohen Brandes el 4 de febrero de 1842, tenía una respetable tradición de tolerancia nacional hacia los judíos, al menos desde 1690, cuando cerraron el guetto. Esa tradición honró a Dinamarca durante la invasión alemana de 1940 en una conflagración que Brandes ya no vivió pero cuya locura antisemita atisbó en el horizonte.

El gesto completo de la señora Brandes refleja en su resignación humorística y en su sensatez ilustrada, la actitud entera con la que Brandes enfrentaría su tiempo. No le gustaban los misterios, no entendía lo tenebroso ni lo romántico y al único demonio al que se había confiado era al de Sócrates, impertinente, pugnaz, quizá loco, pero jamás maligno. Nunca le importó realmente ni el judaísmo ni el cristianismo lo cual limitó su conocimiento de Kierkegaard y de Nietzsche, autores que él le descubrió a miles y miles de lectores. Denunció Brandes el antisemitismo, pero nunca lo padeció en toda su gravedad: la envidia con que defendió a los judíos polacos y rusos provenía del espíritu de humanidad de aquel que desea para sus vecinos la paz en la que él vive.

*Recollections of my Childhood and Youth* resulta aburrido cuando se ajusta a la conocida frase de Tolstoi al comenzar *Anna Karenina*: todas las familias felices se parecen y la de Brandes lo fue. Impera, a ratos, un idilio un poco soso de caminatas por el bosque y observación de las estrellas, amenizado por la amenaza del coco y el desciframiento de la lectura y la escritura como si

se tratara de inscripciones y jeroglíficos. En Brandes se echa de menos la falta de humildad de Vladimir Nabokov en *Habla, memoria*, que hace de su infancia un glorioso cuento de hadas. Brandes es sencillo y burgués como su patria y le faltó por completo ese aristocratismo que él exaltó en Nietzsche. Brandes y Dinamarca alcanzaron su peculiar grandeza a base del cultivo sistemático de pequeñas virtudes.

Georg fue el mayor de tres hermanos (los otros fueron Ernst y Edvard), hijo de Emilie, nieta de un talmudista húngaro y de Hermann Morris Cohen Brandes, un comerciante de origen lituano. El padre resultó ser una figura decorativa en el mundo que Brandes recordaba porque fue Emilie, más temida que querida, quien le impuso el racionalismo y la inapetencia por la religión. En aquella casa, los viejos libros judíos del abuelo no se abrían sino casualmente y la familia se limitaba a cumplir con las obligaciones esenciales ante la comunidad judía de Copenhague, como el Bar Mitzvá de Georg, que tuvo lugar el 17 de marzo de 1857.

Muchos años después, en 1925, mientras preparaba con celo decimonónico su contribución al credo de los ateos (con *Jesus. A Myth*), al celeberrimo Brandes lo invitaron, junto con Albert Einstein, a inaugurar los cursos de la Universidad Hebrea en Jerusalén. A Brandes lo incomodaba el avatar sionista del judaísmo y no fue. Pero ese mismo año recibió la visita de Freud en Viena, el judío más controvertido de su generación, cuyas teorías había descalificado como inhumanas y obscenas. Freud era ateo, como él, y ambos profesaban un bien fundamentado pesimismo de judíos sobre lo que le deparaba al siglo.

Brandes, tan desafecto al Libro, quedó encantado una vez que Freud lo comparó con el profeta Isaías y recordó al padre del psicoanálisis como el más grande de los hombres que había conocido. Doris R. Asmudsson, autora de *Georg Brandes. Aristocratic Radical* (1981), una de las pocas biografías que se han publicado más allá del dominio danés, especula que el aborrecido complejo de Edipo debió servirle a Brandes para entender a Emilie, su temida madre.<sup>3</sup> Eso es ir muy lejos. Lo cierto es que para Brandes, como para muchos otros judíos europeos de su estilo y formación, Freud venía a cerrar, de manera inquietante y trágica, una historia que se había comenzado a contar en el Pentateuco.

### 3. IBSEN Y BRANDES

Volvamos, una última vez, a la infancia de Brandes. No era Copenhague un mal sitio para vivir, una pequeña

<sup>2</sup> Georg Brandes, *Recollections on my Childhood and Youth*, William Heinemann, Londres, 1906, pp. 17-18.

<sup>3</sup> Doris R. Asmudsson, *Georg Brandes. Aristocratic Radical*, New York University Press, 1981.

ciudad letrada y liberal no demasiado a disgusto con el esplendor perdido de Dinamarca y liada en pequeñas disputas con sus ingratos vecinos del norte, Suecia y Noruega. Un par de guerras limítrofes con Prusia (en 1842 y 1864), por la posesión de Schleswig-Holstein lastimaron la vida de los daneses, pero la narración del barullo bélico en las propias memorias de Brandes se confunde con las aventuras de sus soldaditos de plomo. Nada grave aquejó a Dinamarca que se pareciera a la guerra de Crimea o a la franco-prusiana, horrores del siglo XIX que anunciaron al XX, como lo supo Brandes, quien puso en 1914 todo su prestigio a cuenta del pacifismo y de la neutralidad, causas entonces equívocas e impopulares.

Brandes, como es natural y casi obligatorio en un hombre de letras, habló mal de su país y lo abandonó varias veces dando un portazo, espantado por los obispos luteranos que lo maldecían en el púlpito por ateo o declarándose hartos de la envidia de sus colegas y de las dificultades que le pusieron en la universidad. Pero murió en la ciudad donde nació, quizá convencido de que su destino de archieuropeo no se le hubiera cumplido de no haber sido danés, el danés errante.

La primera juventud de Brandes no fue distinta a la de muchos otros escritores: el primer ensayo, dedicado a un admirado poeta contemporáneo (Frederik Paludan-Müller) en 1865, un año después de la muerte brutal y formativa de uno de sus mejores amigos (la de Ludvig David en Roma), la tesis doctoral (*French Estheticism in Our Day*), el primer viaje a París en 1866 y el primer beso, a una joven brasileña, cuando el crítico tenía la insólita (a nuestros ojos) edad de veinticuatro años. Ese retardo emotivo —como él mismo lo calificaba— se acompañó de la búsqueda de mujeres mayores como amantes de iniciación. Tal fue el caso de la libre pensadora Caroline David (hermana de su amigo muerto) y de Magdalen Thorensen (1855-1890), quien lo introdujo a la endogamia escandinava, pues, como lo fue de Brandes, había sido íntima amiga de los escritores noruegos Bjørnson e Ibsen.

El primer encuentro entre Ibsen y Brandes fue en Dresden el 14 de julio de 1871. El joven escritor venía de pasar seis meses desastrosos en Roma, donde cayó enfermo, primero de tifoidea y luego de flebitis, quedando al cuidado del consulado danés y de algunos conocidos caritativos y desinteresados. En ese trance, las cartas de Ibsen, quien se tomaba muy a pecho su papel como la conciencia errante de Escandinavia en Europa, fueron decisivas para mantener en alto el ánimo de Brandes.

El encuentro de Dresden transcurrió a la sombra de la derrota de Francia ante los prusianos, derrota que a afrancesados como Ibsen y Brandes les sentó pésimo. Menos claro era lo que pensaba Ibsen (en la rara medida en que se le podía considerar un liberal a quien fue llamado “neorreaccionario” por Ganivet) de

la derrota de la Comuna de París. En una carta a Brandes, Ibsen se dijo mortificado porque aquella revuelta invalidaba su “excelente teoría del Estado, o mejor dicho, del no-Estado”.<sup>4</sup>

Ante Ibsen, Brandes es un joven exaltado (exaltado por Ibsen, sobre todo), ya aborrecido en Dinamarca por su celo anticlerical y un crítico en la víspera de publicar la primera entrega, dedicada a los emigrados de la Revolución Francesa de lo que será su obra cumbre, *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX* (1872-1890). Y ante Brandes, Ibsen aparece sometido a las irregularidades propias de un momento de transición (para usar un pleonasma como concepto). Está enfrascado, como autor teatral, en el duelo entre el verso, que lo había presentado en sociedad, y la prosa, que le colocará entre los genios: abandonó el drama rimado en favor de la poesía. *Peer Gynt* está versificado en dos métricas diferentes, una de las cuales imita las baladas medievales noruegas.

El Ibsen al que Brandes trata ya es el autor de *Brand* (1866) y de *Peer Gynt* (1867) y en aquellas fechas se demora en *César y Galileo* (1873), la obra sobre la elección que hubo de hacer el emperador Juliano el Apóstata entre el paganismo y el cristianismo, oscilación que para Brandes es más actoral que religiosa, un duelo de temperamentos entre lo místico y lo racional, pues el crítico, al retratar a Ibsen, lo presenta como un hombre dueño de su tiempo en la medida en que lo divide y al hacerlo abarca el pasado y el futuro.

Tan pronto se encontraron ambos escritores se pusieron a hablar mal de un colega, Bjørnstjerne Bjørnson (1832-1910), cuyo nombre completo suena en noruego como si dijésemos el señor dos veces oso, según leo en *Hombres del norte* (1898) del enterado Ganivet. Bjørnson fue el poeta nacional noruego que tuvo la desgracia de ser contemporáneo de Henryk Ibsen (1828-1906) y, por ello, fue víctima de un fatal equívoco en el cual Brandes tuvo mucho que ver. En el tercero de los ensayos dedicados a Ibsen, el de 1898, Brandes no se aguantó las ganas de recordar aquellos años en que el conservador Bjørnson calificaba como rival de Ibsen. Pese a haber sido Premio Nobel en 1903, este escritor desapareció de la escena internacional. A diferencia de Ibsen, Bjørnson nació grande y no teniendo que luchar por nada, se extinguió pacíficamente, según leemos en *Eminent Authors of the Nineteenth Century* (1886), una de sus colecciones de retratos literarios de Brandes.

De su entrevista con Ibsen a Brandes sólo le perturbó la flor que el dramaturgo llevaba en el ojal y hablaron mucho de teatro, de la temporada parisina, sobre

<sup>4</sup> Michael Meyer, *Ibsen. A biography*, Doubleday, New York, 1971, p. 143.

todo y del gran papel de Sarah Bernhardt, entonces una jovencita, en *El otro*, de George Sand. Las diferencias brotaron, con naturalidad porque a Ibsen le disgustaba John Stuart Mill (y Brandes ya era entonces el traductor de *La esclavitud de la mujer*) cuya filosofía calificaba de sofisticada y farisea.

Se repite con arrogancia disfrazada de modestia, que los libros no cambian al mundo y contra esa inexactitud están obras de Ibsen (como *Casa de muñecas*, *Hedda Gabler*, etcétera) que tornaron irrefrenable a la libertad de la mujer en Occidente. De hecho y de derecho, un libertador de las mujeres, Ibsen toleraba muy mal las opiniones feministas difundidas por publicistas radicales como el joven Brandes. Cuando emprendió otra traducción de Mill (*Utilitarismo* en 1873), Ibsen le hacía saber que estaba perdiendo su tiempo con un filósofo inferior a Séneca o Cicerón.

#### 4. GRANDIOSAS, LAS PERSECUCIONES

En la correspondencia que seguirá al encuentro en Dresde, a Brandes le tocará el papel del incitador que trata de sacar al maestro de su marasmo individualista y afiliarlo a cierto clima de indignación moral. H.L. Mencken, que admiraba por igual a Brandes y a Ibsen, dijo que el primero nos había enseñado a juzgar al segundo como un genio del sentido común antes que como un loco o un depravado desfilando al frente de los ibsenistas. Ibsen, en fin, consecuentaba a Brandes y le respondía que la historia humana era la chamba de la cual un jovenzuelo debe escaparse para buscar héroes y heroínas en el teatro. Las masas, dirá Ibsen para desencanto de quienes por algún tiempo lo contaron entre los anarquistas, nunca entienden lo que está pasando y el proletariado es una larva incapacitada para resultar mariposa.

Brandes estableció el lugar de Ibsen en la literatura moderna, pese a que para nadie era un secreto que sabía poco de teatro y su escaso esfuerzo por ser un crítico dramático. El proceso fue titubeante y desenfocado, y puede seguirse en tres actos y un epílogo en *Henryk Ibsen* (1899). A Brandes para empezar, no le gustó *Peer Gynt* como tampoco les gustó a otros célebres escandinavos como Edvard Grieg, Hans Christian Andersen o Clemens Petersen, el viejo crítico danés.

A *Peer Gynt* la encontraba Brandes como la metamorfosis fantástica de un fanfarrón, una hazaña poética llevada a cabo de manera un tanto frívola por un misántropo y cuando la comparaba con el *Fausto* hacía, a la obra de Ibsen, tan irrepresentable como la de Goethe. Y pocas famas tan equívocas como la de Ibsen. Pascale Casanova, en su mapa histórico de la literatura mundial, pone al noruego como ejemplo de la diferente recepción que un autor venido de la periferia puede recibir

en una metrópoli o en otra. Gracias a George Bernard Shaw, en Inglaterra, Ibsen era tenido por “un autor realista que aborda problemas sociales concretos de una forma inédita” mientras los franceses lo leían “como un autor simbólico, portador de símbolos poéticos universales”.<sup>5</sup>

Brandes reconocía esa ambigüedad en el mensaje de Ibsen, como puede verse en la decisión del crítico de ofrecer, en *Henryk Ibsen*, no una recapitulación final sino el itinerario cambiante de su pensamiento. Ibsen mismo, feliz por el reconocimiento en París, aceptó la “distorsión” simbolista de su mensaje difundida cuando la compañía teatral de Aurélien Lugné-Poe hizo una gira triunfal por los países escandinavos. En 1894,

<sup>5</sup> Pascale Casanova, *La república mundial de las letras*, Anagrama, Barcelona, 2001, p. 210.



Brandes hubo de protestar por la “versión fantástica”, a lo Maurice Maeterlinck, que de *La dama del mar* se ofrecía en escena.

Tendía a privilegiar Brandes y ésta es una de las reservas que la posteridad le ha impuesto, una idea de la literatura cuya última instancia estaba en ser un programa político y filosófico. Junto a los populistas rusos y sus evangelios, Brandes, sin duda, era un esteta que había leído a Sainte-Beuve, a Taine y a Swinburne (no sé si a Wilde). Su influjo en la constitución de la fama ibseniana puede constatarse en Ángel Ganivet y en Miguel de Unamuno, sus lectores españoles, que conocieron al noruego (y con él, a Kierkegaard) a través de un crítico a quien llamaban, respetuosamente, “el doctor Brandes”.

Menos reticente era la actitud, en los primeros años de complicidad, de Ibsen ante Brandes. Además de simpatizar con Dinamarca que, abandonada sistemáticamente por Suecia y Noruega a la hora de los atropellos alemanes, encarnaba el escandinavismo ibseniano, el dramaturgo respaldó a Brandes en sus querellas con la gazmoñería luterana y, sobre todo, cuando el consejo académico de la Universidad de Copenhague le negó

su nombramiento como catedrático permanente en sustitución de Carsten Hauch en 1873. Viejo lobo, Ibsen advirtió a Brandes de que no se arrojase a los brazos de los liberales cuya hipocresía, según el noruego, era peor que cualquier otra, pues los liberales viven tiranizados por la opinión pública y su moral. “Las que siempre tienen razón son las minorías”, decía Ibsen con frecuencia y no pocas veces, en sus cartas, se lo repetía a su amigo.

En 1872, ante el primer tomo de *Las grandes corrientes...*, Ibsen le escribió: “Su libro no es historia literaria en el aceptado sentido del término ni es tampoco historia cultural. No alcanzo a figurarme qué es exactamente. Pero ha sido para mí como los yacimientos de oro de California, un lugar donde el hombre o se hace millonario, o se arruina”.<sup>6</sup>

Brandes admiraba en Ibsen, al luchador, al vagabundo, al eterno huésped, a quien no tiene mayor posesión que algunas pinturas colgadas en la pared de su pensión o de la casa alquilada por poco tiempo y así es feliz porque disfruta la errancia, esa bebida amarga y tonificante que le han hecho beber los noruegos. El hombre más fuerte es el que está sólo, decía Ibsen, dándole una tonalidad distinta a un dicho de Schiller. Ese orgullo le fascinaba a Brandes lo mismo en Ibsen que en Nietzsche. Desconcertaban al crítico, en cambio, las salidas de tono de Ibsen, quien como los villanos tradicionales del teatro burgués que él mismo había desmontado, se complacía en hacer mucho ruido al salir de escena. Es el caso, por ejemplo, de un diálogo entre ambos sobre el absolutismo en Rusia, contado por Brandes:

—País hermoso —dijo Ibsen sonriendo y además, agregó— ¡las persecuciones, qué grandiosas!

—¿Grandiosas las persecuciones? ¿Cómo es esto posible? —le interrumpí.

—Sí, seguramente. Piense tan sólo usted en el profundo amor a la libertad que crean [...]

—Si todas estas cosas buenas son resultado de las persecuciones —observé yo— entonces hemos de estar agradecidos a las persecuciones y debemos amar al látigo. ¿Le agrada eso? Pero suponga por un momento que usted es ruso y que a su hijo pequeño (que estaba ahí con él) le dieran de latigazos. ¿Le gustaría?

—Que se los dieran, de ningún modo —contestó Ibsen— pero que los diera él me parecería perfectamente.<sup>7</sup>

En la época en que se escribía sobre Brandes y se le traducían era común escuchar o leer una frase hecha que actualmente suena extravagante. Son dos, se decía, los



Shakespeare

<sup>6</sup> Michael Mayer, *Ibsen, A biography*, op.cit., p. 357.

<sup>7</sup> Georg Brandes, *Henryk Ibsen con un apéndice especial que contiene un estudio especial sobre Ibsen, poeta*, por Ch. de Bigault de Casanova, traducción y prólogo de José Lieberman, Tor, Buenos Aires, 1928, p. 78.

grandes hombres que Dinamarca le ha dado al mundo: Hamlet y Brandes. El elogio omitía a Hans Christian Andersen, el danés más famoso pero escasamente considerado como un espíritu serio y omitía, también, a Kierkegaard, filósofo entonces poco conocido y cuya veneración siempre ha sido difícil de aceptar en Dinamarca. Quizá sea más mesurado citar a Ibsen, que cuando Brandes le preguntó si había leído su libro sobre Shakespeare (1895-1896), le respondió: “No sólo lo he leído: quiero que me entierren con él”.

## 5. ANTICUADOS Y MODERNOS

Lo anticuado es lo que suponemos listo para el olvido, mientras que de lo antiguo esperamos la emanación de la sabiduría, lo ejemplar. Brandes es la clase de personaje que siempre parece como pasado de moda: se le impone el sello de lo anticuado por encima de la pátina de lo antiguo. Pero en su día, un largo día de treinta años, fue tenido por ser un pensador modernísimo. En 1883, al publicar *Los hombres de la ruptura moderna*, Brandes era el profeta de lo moderno en Escandinavia, opinión que se volvió internacional al transformarse en el bautista de Nietzsche, a fines de esa década. Pero no es del todo eficaz la comparación que hace Pascale Casanova en *La república mundial de las letras*, entre el peso de Brandes con el de Rubén Darío en América Latina. A diferencia del poeta nicaragüense, que no era, además, un hombre de ideas, Brandes fue reconocido fuera de Dinamarca y admirado como el desinteresado apóstol que salía de su pequeño país para predicar por el ancho mundo valores universales. Si Darío hubiese sido reconocido, para empezar, por Unamuno en Madrid, su proyección se parecería a la del otro “modernista”, el danés.

Con su tesis doctoral sobre el esteticismo francés bajo el brazo, Brandes fue recibido en París, a principios del verano de 1870, por Taine (1828-1893). A ese encuentro siguieron otros pocos, que convirtieron al crítico danés en un visitante querido y sobre todo, dieron pie a una correspondencia cordial y detallada, que sin ser íntima, se prolongó hasta poco antes de la muerte del francés. Ser recibido por Taine como lo fue Brandes equivalía a entrar, un siglo después, en el seminario de Roland Barthes.

Taine era el *maître à penser*, el inventor de un sistema que estaba en trance de resolver el añejo misterio de las relaciones entre el arte y el tiempo, con aquella fórmula tenida por fácil, la de raza, medio y momento. El imperio de Taine fue absoluto y como se lee en cualquier enciclopedia, su influencia fue, al mismo tiempo y por primera vez en la historia de la literatura, universitaria y periodística. El naturalismo pasó por ser invención suya. La ingenuidad de sus dogmas pudo más

que su fe en la ciencia, tan criticada y tan secretamente compartida por los herederos de ese estructuralista *avant la lettre* que fue. Casi sin excepción todos los críticos, sobre todo los que hacemos historia literaria y nos vemos forzados a pensar la literatura en el afluente de la vida social, provenimos, dígame lo que diga y desde hace siglo y medio, de él. Pero a nadie le gusta ni le interesa reconocer que Taine, habiendo impuesto hábitos académicos que nunca se han abandonado, liberó a la crítica de la creencia de que las pinturas, las novelas o los poemas caían del cielo como meteoros. Es el padre ausente: se prefiere al abuelo Sainte-Beuve, que no huele a catedrático (aunque también lo fue) y que es el antiguo, antes que el anticuado, por definición.

Un año después de su primera visita, Brandes se encontrará a Taine amargado por la derrota contra los prusianos y por el desenlace calamitoso de la Comuna de París, acontecimientos que harán girar el sentido de su magisterio y lo impelerán a dedicar los siguientes años a la escritura de *Los orígenes de la Francia contemporánea* (1875-1893), la biblia conservadora de un agnóstico que pidió funerales protestantes. Brandes fue no sólo menos complejo que su maestro francés sino menos moderno aunque se definiese como “radical y aristocrático”. “Muy científico” en la cúspide de su fama y “escasamente científico” cuando cayó en desgracia tras toparse con los bergsonianos en los años veinte del siguiente siglo, Taine quedó en el lugar del gran anticuado y Brandes, el discípulo disidente, hubo de compartir su suerte.

Se queja Taine con Brandes de que los prusianos saquearon su propiedad en Châtenay y que algunos de sus libros sirvieron para alumbrar la pipa de un “*fäbrich philosophe*” y en la correspondencia que seguirá a esa segunda y última entrevista, le dará a Brandes, en plena redacción de *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*, información novedosa y fértil sobre la influencia de Alemania en Francia, por ejemplo. Los franceses, le decía Taine a Brandes en una carta de diciembre de 1872, sólo empezaron a leer alemán muy recientemente, gracias al poeta Heine, el alemán de París, y al sabio Renan. Antes de ellos sólo Nerval sabía buen alemán como para traducir una parte del *Fausto*, como lo hizo. Joseph de Maistre y Alexis de Tocqueville, remataba Taine, habían conocido tarde la filosofía alemana, cuando ya su visión del mundo estaba establecida.<sup>8</sup>

Taine compartió con Brandes las claves de la disposición panorámica de su obra, el impulso omnicompreensivo y sistemático que hará de *Las grandes corrientes...*, inspirada en la *Historia de la literatura inglesa*

<sup>8</sup> Georg Brandes, *Correspondance, I. La France et l'Italie*, lettres choisies et annotées par Paul Krüger, Det Danske Sprog-og Litteraturselskab / Rosenkilde og Bagger, Copenhague, 1952, p. 11.

(1864), una obra paralela a la visión histórica de Taine. Pero Brandes no fue jamás servil a Taine y se jactaba de haber discrepado en público y en privado de su doctrina. El artista, insistía al hurgar en la herida más profunda de Taine, no puede estar subordinado al medio y a la raza pues por encima de ese determinismo opera la libertad del genio. Esa idea romántica quedará confirmada, en Brandes, con el descubrimiento del superhombre nietzscheano.

A cambio de las enseñanzas de Taine, Brandes, que como buen escandinavo se consideraba poseedor de la llave secreta del tesoro germánico, dijo que su maestro ignoraba, de Alemania, las bellas letras. John Stuart Mill le presumió a Brandes de no conocer a Hegel más que indirectamente y le preguntó si creía que, al perseverar en su ignorancia, se perdería de gran cosa en términos de metafísica. Taine, a su vez, le transmitió al dadas la curiosidad por el mundo anglosajón: no debe olvidarse lo innovadora que, escrita por un francés, era una historia de la literatura inglesa.

## 6. BRANDES Y FRANCIA

Gracias al desinhibido empeño de encontrarse con Taine y con Mill, el joven Brandes aplacó el furor alemán y se convirtió en un personaje intelectual más ligero, menos filosófico y más mundano, capaz de hacerse escuchar como una voz europea, cosmopolita. Y de sus primeras visitas a París, durante los años finales del Segundo Imperio y los primeros de la Tercera República, quedaron en Brandes, como es obvio, recuerdos imborrables: son viajes que hizo con su emancipada amante (Caroline David) y en los que fue al teatro a ver a la Bernhardt y en los que trató no sólo a los maestros franceses sino a personajes tremendos, como el ultracatólico Ernest Hello, sombra que pasa fugazmente por las páginas de *Los raros*, de Darío. Taine recomendó a Brandes con Ernest Renan (1823-1892). Y pese a que el crítico acabaría por ser una figura más parecida a Renan que a Taine (un combativo idealista antes que un teórico), leyendo *Recollections of my Childhood and Youth*, no parece que el biógrafo de Jesucristo lo haya impresionado mucho. Indiferencia calculada o superficial, pues al fin de su vida Brandes no resistió a la tentación de Cristo y escribió *Jesus. A Myth*, como si las tres metas de un decimonónico descreído hubieran sido tener un hijo, plantar un árbol y escribir una vida de Jesús.

La relación de Brandes con Francia no fue un amor no muy bien correspondido. Es improbable que Francia esté a la altura de las ilusiones de los afrancesados. Una década después de la gentil recepción que le dispensó Taine, el nombre de Brandes no estaba todavía tan establecido como para impedirle el bochorno de

tener que presentarse detalladamente, por carta, con Edmond de Goncourt, justificando así las preguntas críticas y biográficas que le hacía.

Brandes recibió de Edmond una respuesta cordial e incluso, en su calidad del Goncourt sobreviviente, le regaló una de esas falsas joyas con las que entretenía a los visitantes distinguidos, aclarándole que no era cierta la anécdota propalada por Théophile Gautier de que él había encanecido por completo durante el par de horas que duró la misa de difuntos de su hermano Jules en 1870.

Al fin, Brandes alcanzó a ser lo suficientemente famoso como para entrar y salir como Pedro por su casa en el *Diario* de los Goncourt. El domingo 20 de octubre de 1889, el crítico ocupa en solitario toda la entrada del *Diario*, ganándose una descripción halagüeña: se le compara con una cabeza de Velázquez. Poco después, en 1890, Brandes penetra al círculo de los verdaderos elegidos pues se consigna que Jeanne Lacroy, hermana de la ex nuera de Victor Hugo, duerme con él, infidencia a la que seguirán otras de menor calado, como el resumen de sus aventuras, en 1896, con la princesa rusa Anna Tenicheff. Etcétera.

A los ojos sedentarios de Goncourt, provinciano de París, la agitada vida de Brandes, conferencista internacional que va y viene por Italia, Rusia, Inglaterra, debió ser un espectáculo cosmopolita digno de admirarse, pleno en aventuras eróticas y encuentros políticos. Edmond lo retrata como un notable conversador, en batalla triunfante con la lengua francesa y con el sexo de sus palabras, dueño de un nerviosismo a lo Polichinela, bosquejo que viniendo del viejo es a todas luces un elogio.<sup>9</sup>

La vida parisina de Brandes, época en que pasa por París más de una vez al año, ocupa la última década del XIX y la primera del XX y está ligada a dos figuras públicas, la del político Georges Clemenceau y la de Madame Armand de Caillavet, que fueron dos de las relaciones sociales más útiles que tuvo. Léontine Lippmann (1847-1910), que llevaba el nombre completo de su marido, Armand de Caillavet, un rico armador, fue la amante de Anatole France. Pero decir amante es decir poco: si lo de France era algo más que un salón y era una empresa editorial, un foco de opiniones políticas, quien lo regía y lo dominaba, la gerente de la firma, fue Léontine. En 1922, Jean-Jacques Brousseau, el antiguo secretario de France reveló que Léontine era la verdadera autora de la obra del maestro. No era cierto a ese grado escandaloso. Se puede conceder, en cambio, que Léontine, su Egeria, le ayudaba con sus artículos (la de las opiniones interesantes era ella) y lo ponía a trabajar en sus novelas.

<sup>9</sup> Edmond et Jules de Goncourt, *Journal. Mémoires de la vie littéraire, III. 1887-1896*, Laffont, Paris, 1989, pp. 336, 393, 1297 y 1302.

La correspondencia se extendió entre 1902 y 1910, el año de la muerte de ella. Si el propósito de Brandes había sido acercarse a France a través de su patrona, no lo logró del todo. Aunque France lo alababa en público y llegó a identificar al “fenómeno Brandes” con la literatura misma, el delgado libro que éste le había dedicado en 1908 se quedó corto en las expectativas del novelista. Es probable que Brandes y France compitieran no sólo por las atenciones de madame (no me queda claro si hubo entre Léontine y Georg algo más que amistad) sino por la jefatura internacional del público librepensador, radical y republicano, que compartían. La relación entre Brandes (dos años mayor) y France terminó mal. Recién muerta Léontine, el novelista sedujo a una de sus novias, Talita Schütte, entonces su habitual compañera de viaje. El asunto apareció insinuado en la prensa y Brandes, quien tenía fama, en el norte, de ser un depredador de mujeres, pasó en París como víctima de la traición de un amigo a quien lo unía una devoción común.

No hubo verdadera complicidad entre Brandes y Léontine; el tráfico entre el danés y su protectora francesa es aburrido, convencional, estirado y se sostiene por la admiración que Léontine sentía por los apóstoles y los sembradores, entre los que incluye a Brandes, opinión que compartían esta dama de sociedad y Nietzsche, lo cual quiere decir que, probablemente, tenían la razón. Esas cartas se cruzaron, además, durante los años retratados en *En busca del tiempo perdido*, pero el mundo del danés y su amiga francesa es lo menos proustiano que se pueda imaginar: sociedad de elogios calculados, de admiraciones protocolarias, de sentimientos enfáticos. Con frecuencia, Brandes le explica a Léontine su visión del mundo, como quien habla ante un espejo y así nos enteramos de sus arduas relaciones con la izquierda danesa a la luz del triunfo de los liberales en 1901. Brandes, ya influido por su amistad con Kropotkin, el príncipe anarquista ruso, temía la burocratización del mundo que podía traer el socialismo. Madame de Caillavet y Brandes tenían otras preocupaciones, dignas de notarse, como la causa del pueblo armenio, cuyo sacrificio en 1915 alcanzó a estremecerlo. Ambos amigos compartieron, a su vez, el azoro ante la Revolución Rusa de 1905, que a ella le hizo más ilusión que a él, quien tenía a los rusos de todos los partidos como unos carniceros. Algunas esperanzas tuvo Brandes tras la caída del zar en febrero de 1917. Pero pronto, el bolchevismo le pareció una catástrofe.

En algunos otros puntos de la correspondencia con Madame de Caillavet, salen a relucir las ambiciones literarias de Brandes, centradas en el Premio Nobel, entonces al alcance de todo escritor escandinavo de renombre y galardón al cual fue propuesto, se dice, por el mismo France, quien lo ganaría en 1921. La relación

entre Brandes y la academia sueca es todo una *petite histoire*. En los primeros años del premio, Brandes resultaba demasiado heterodoxo y hasta impío para el gusto de Carl David af Wirsén, el primer secretario de la academia, salvaguarda de la interpretación “idealista” del ambiguo testamento de Alfred Nobel. No se trata de alguna disposición que impidiera que un crítico literario se llevase el galardón y de hecho, como Brandes, Émile Faguet y Ramón Menéndez Pidal estuvieron a punto de ganarlo. Además, a Wirsén, fanático de Goethe, le molestaban ciertas críticas que el también goethiano Brandes había escrito contra el ídolo. Derrotado en 1903, Brandes lo volverá a ser en 1917 y a principios de los años veinte. Durante la guerra fue candidato a compartir el Nobel o con Karl Gjellerup o Henrik Pontoppidan pero al juzgarse que al crítico le quedaban chicos ambos novelistas se optó porque fueran Gjellerup y Pontoppidan quienes lo compartieran en 1917. En 1920, Knut Hamsun le ganó el premio a Brandes por una punta de nariz y para 1922 ya era demasiado tarde: uno de los académicos promotores, Henrik Schück, se echó

**Georg Brandes.**  
Der dänische Trafikkünstler.

Mit Recht wünscht die Redaktion von „Nordland“ Georges Leid und eine billere Entlängung erfahren Georg Brandes an seinem 70. Geburtstag zu feiern. hat. Aber es kommt oft vor, dass eine Niederlage nach kurzer Zeit die Energie wachruft. Man heisst die Zähne zusammen. Man will zeigen, dass man trotz allem lebt und insonde ist, sich zu behaupten.

In Dänemark trat un-mittelbar nach 1864 eine Reihe bedeutender Persönlichkeiten auf, die ihre Fähigkeiten und ihre Energie zusammenrafften, um das Land wieder in die Höhe zu bringen.

Die drei grössten Namen sind: Tietgen, das Finanzgenie, Dalgas, der Behauer der Heideländer Jütlands, der neues Land für Dänemark eroberte, und Georg Brandes, dessen Wirksamkeit die ganze Welt kennt.

In gewisser Weise arbeiteten diese drei Männer Hand in Hand und haben dasselbe Ziel: Dänemark grösser zu

Georg Brandes.  
Nach einem Gemälde von P. S. Krøyer.

para atrás encontrando deficiente el “nivel científico” de las últimas obras de Brandes.<sup>10</sup>

Brandes, y ello es notorio leyendo su correspondencia francesa, no dejaba de ser un extranjero en París, atento a consolidar su posición y se reservaba sus libertades eróticas y mundanas para Dinamarca, Noruega, Suecia. Muy lejos le quedaban a Brandes, además, la decadencia y el decadentismo de moda en la capital literaria: detestaba a Huysmans, las crueldades de la fantasía le eran ajenas y sus relaciones con los ultramontanos conversos al catolicismo eran apenas formales. Intercambió un par de cartas con Paul Bourget, que era famosísimo y a quien atacó, sin que viniera a cuento, en *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX*. Más tarde, Paul Claudel se esforzó un poco en ganarse el aprecio de Brandes pero, pese a algunas cortesías, no lo consiguió.

De esa afinidad por el lado agnóstico y más o menos liberal se desprende que Brandes, en sus últimos años, haya admirado a Romain Rolland, el sucesor de France y que sus últimas relaciones francesas hayan sido con el grupo emergente de la *Nouvelle Revue Française* (NRF), menos con André Gide que con Jacques Copeau, el hombre de teatro y sobre todo, con André Rouveyre (1879-1962), dibujante, caricaturista y poeta que fue el amigo íntimo de su vejez.

## 7. DESTERRADOS Y REACCIONARIOS

La verdadera Francia de Brandes, la memorable, estaba en su bibliografía, en la entrega primera y tercera de su historia de la literatura, *La literatura de emigrantes* y *La reacción en Francia*, aparecidos entre 1872 y 1876. La vida de Brandes no es dramática y es, como sus opiniones, un desarrollo sinfónico consecuente, a ratos irónico y hasta sonoro. Pero como las sinfonías de Nielsen, su paisano y contemporáneo, a Brandes le cuesta cantar. Con *La literatura de emigrantes*, el primer tomo de *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX*, Brandes ordenó de una manera novedosa la historia literaria de Europa, le dio valor a lo que no lo tenía y trazó un camino que otros siguieron, sin darle su lugar al crítico, convertido, como es frecuente en casos como el suyo, en un autor de referencia, crecientemente anó-

<sup>10</sup> Antes de retractarse, Schüick, según puede leerse en los informes de la academia sueca, había escrito: “Negar a un hombre como Brandes que, durante toda su vida ha estado envuelto en la lucha por las ideas, ‘idealismo’, me parece cicatero. Y no hace falta leer los últimos libros de Brandes sobre la Guerra Mundial para comprobar con qué ardor defiende un ideal y un orden mundial basado en la justicia”. Esta cita y otras noticias acerca de Brandes y el Nobel provienen de Kjell Espmark, *El Premio Nobel de Literatura. Cien años con la misión*, traducción de Marina Torres, Nórdica, Madrid, 2008, pp. 27, 32, 65 y 74.

nimo, parte, al final, de ese dominio público en el que se acaban por contar las ideas y su historia.<sup>11</sup>

Brandes rescató, como corazón de su libro, a una escritora entonces medio olvidada y que hoy vuelve a importar más allá del mundo de los especialistas y del partido de los muy curiosos: Madame de Staël (1766-1817), nacida Germaine Necker, hija del ministro de finanzas de Luis XVI, nació en París en 1766. Casada a los veinte años con el barón de Staël-Holstein, Germaine, habiendo acompañado a su padre a la sesión inaugural de los Estados Generales que desencadenaron la Revolución Francesa, será ella misma el eslabón perdido entre los siglos XVIII y XIX, entre la Ilustración y el romanticismo. Republicana girondina y antiterrorista, autora de novelas cosmopolitas, turísticas y sentimentales que hicieron época (*Delfina* en 1802 y *Corina* en 1807) y precursora feminista, a Madame de Staël se debe la acepción moderna del término “literatura” que antes de *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* (1800) ni se usaba ni se entendía como se entendió a partir de entonces, es decir, como el conjunto de las obras, históricas o ficticias, en verso y en prosa, noveladas o dramáticas, que expresan a la condición humana en general y al ser nacional de cada raza o nación en particular.

Expulsada de París en 1799 y arrojada al destierro mientras gobernó Napoleón, el tirano al que decidió aborrecer una vez que no pudo seducirlo, Madame de Staël fundó, con un solo libro, al romanticismo francés y a la literatura alemana, con *De Alemania* (1813). Pero antes de que Brandes lo dijera en *La literatura de emigrantes*, a Madame de Staël se le tenía por un personaje de reparto, una mujer de salón cuya obra, si acaso interesante pero sin duda menor, había quedado eclipsada por su talento político, por su duelo con el emperador o por sus amores con Benjamin Constant, su cómplice y su socio, con quien estableció uno de esos romances en los cuales nunca se acaba de averiguar quién es el que ama y quién es el que se deja amar.

Madame de Staël, que le daba vueltas al París imperial, según la expresión del crítico, como una polilla a la luz, fue la madre vagabunda, un tanto desnaturalizada, del romanticismo. Lo fue por prohiar el *Adolfo* (1816), la novelita del voluble Constant, por haber secuestrado al filósofo August Schlegel para que fuese preceptor de sus hijos y por preguntarse qué demonios era lo francés

<sup>11</sup> La edición española de *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX*, (Editorial Americalee, Buenos Aires, 1946) consta de dos volúmenes, traducidos por V. Orobon Fernández, S.M. Neischlosz, Ángela Romero y Marta Sabatan. El primero incluye tres libros (*I. La literatura de emigrantes*, *II. La escuela romántica en Alemania*, *III. La reacción en Francia*, *IV. El naturalismo en Inglaterra*) y el segundo otros dos (*V. La escuela romántica en Francia*, *VI. La joven Alemania*).



Voltaire



Ibsen

y lo alemán y en qué medida continuaban y traicionaban a lo griego, lo universal. Roma misma, en *Corina o la Italia*, aparece por primera vez en la literatura moderna como un panorama a recorrerse a pie, en el que se puede turistar y ver el trabajo entero de la civilización europea, trabajo entero en forma de ruina. Junto a Madame de Staël, Brandes colocó al otro gran emigrado, al católico Chateaubriand, escritor que se había pasado la segunda mitad del XIX en el purgatorio, considerado como un genio (o un mal genio) romántico exclusivamente francés con una dimensión europea, propia y antitéticamente napoleónica.

Brandes comprendió la paradoja del romanticismo, nacido en el destierro como obra universal y casi de inmediato nacionalizado por los franceses y los alemanes, de la misma manera (uno creería) que el alcance continental y católico del imperio, al colapsarse, dio nacimiento final a las modernas naciones europeas. Esta historiografía literaria respondía a los tejes y manejes de una mente hegeliana como la de Brandes que no olvidaba (como sí lo hacía Taine, su pretendido maestro) que el verdadero genio literario se manifestaba, para el público en los personajes creados por los románticos —Werther, Don Juan, René y Velleda, Childe Harold y Oberman, Corina y Delfina— transformados, por primera vez en la historia, en máscaras al uso de miles y miles de lectores, en ídolos venerados. De esa generación de seres imaginarios, Brandes examina no sólo a las creaciones de los escritores que actualmente acaparan el canon, sino se fija en otros que para él eran memorables y que nos dicen poco, como Obermann, de Sénancour (1770-

1846), o Valeria, invención de la letonesa señora de Krüdener (1784-1824), que no conformándose —dice Brandes— con escribir, publicaba. En casi todos esos libros, el tipo del nuevo europeo será, mujer o hombre, un desarraigado, joven y a la vez viejo, precoz e inmaduro, siempre.

René Wellek dice que Brandes acabó por ser discípulo de Madame de Staël, la escritora que mejor estudió, comentario que al crítico le habría complacido. Ambos fueron, debe decirse en reconocimiento de sus méritos y de sus límites, eficaces simplificadores. Le era fácil a Brandes, por ejemplo, ordenar para el lector el tablero de la Revolución Francesa diciendo que el club de los franciscanos, lo que sería la Gironda, se repartía entre los herederos de Voltaire y que el severo club de los jacobinos, entre los de Rousseau. Santo remedio y a la guillotina.

Al judío que venía de un país protestante, a Brandes, le tocó hacer suya la teoría del sentimiento religioso, que había tenido en Madame de Staël y en Constant a sus divulgadores y describir a los modernos atravesando el globo romántico como el avatar de los reformados, como aquellos que sienten religiosamente de manera libre y profana: la religiosidad (y no en ello también podría contarse a Chateaubriand) es una cualidad del individuo y no de la creencia.

Si los desterrados postulados por Brandes eran todos liberales, la continuación de *La literatura de emigrantes* estaba, saltándonos el tomo alemán dedicado a los románticos, en los grandes reaccionarios de la Restauración, Joseph de Maistre (1753-1821) y Louis de Bonald (1754-1840), ese par de momias monárquicas que en-

tonces interesaban poco, más allá de la erudición bibliográfica o de la capillas de los ultramontanos, de los megalegitimistas. De Maistre, por ejemplo, un huérfano horrible a quien los crímenes del siglo xx le acabaron por encontrar un hospicio, había sido mirado con comprensible repugnancia por toda la escuela liberal, positivista y socialista. Cuando Brandes lo abordó, en *La reacción en Francia*, no se hablaba de él desde los tiempos de Sainte-Beuve. Brandes no se engañó: tanto el autor del elogio del verdugo (De Maistre), como el teórico inmovilista (Bonald) no eran ni románticos tenebrosos ni oscurantistas medievales. Ese par de caballeros, que pasaban por matemáticos, eran mentes dieciochescas cuya némesis se pretendieron y como a algunos de los enciclopedistas que combatieron, les faltaba idea de la historia, curiosidad crítica y, sobre todo, verdadero sentimiento religioso.

Les sobraba, a De Maistre y a Bonald, *estilo*, decía Brandes, aclarando que aquella cita del conde de Buffon

—“el estilo es el hombre mismo”— quería decir lo contrario de lo que se cree. Es decir, nada queda sujeto a la ideación o a la originalidad: cada hombre se debe a un estilo que está más allá de su voluntad y que le ha sido impuesto por el imperio de las convenciones. La de Buffon es sentencia antirromántica.

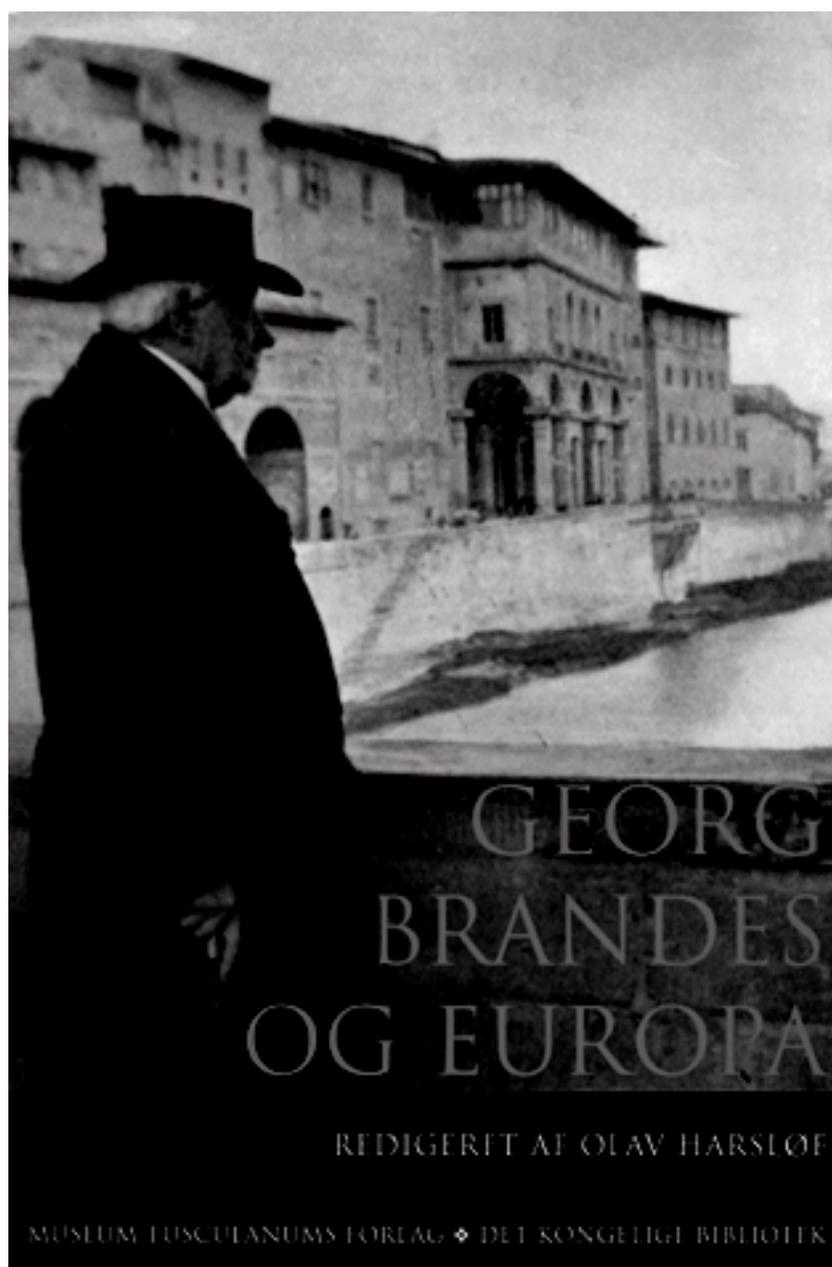
Sólo entendiendo a los reaccionarios puede comprenderse a los primeros románticos franceses, aclara Brandes y con ello hizo escuela en los estudios literarios. Victor Hugo, en una opinión poco compartida del danés, sería el Américo Vespucio de un continente que descubrió un Colón, Alfred de Vigny. Empezó Hugo por ser un joven doctrinario estudioso de la Reacción y terminó siendo un abuelo que se reía de su envarada juventud.

Hegelian, Brandes encontrará a otro preterido, el abate Félicité de Lamennais (1782-1854), el hombre de la síntesis. Fue el abate un clérigo ultra que se vuelve liberal, que fue de la Reacción al Radicalismo, de la Intolerancia a la Tolerancia y al ir más allá de la Iglesia Católica y del Papado, que lo condenaron, depositó a la razón en la sociedad. En ese punto concluye, al examinar al más reaccionario de los reaccionarios, *La reacción en Francia*. “Todo su edificio”, sostiene Brandes respecto de Lamennais, “descansaba sobre la doctrina de la superioridad de la especie humana y bajo ese principio se ocultaba otro que coincidía con el principio de la soberanía del pueblo, que tanto combatieron los hombres de la reacción. Los lectores no se dieron cuenta de ello enseguida: el autor tampoco lo sintió, pero estaba allí en estado latente, despertándose un lindo día y siendo reconocido por todos”.<sup>12</sup>

#### 8. ADIEU, BRANDES!

¿Cómo escribía Brandes? Da la impresión de seguir a la literatura de lejos, vigilante, pero cuando cree que Goethe o Byron o Madame de Staël empiezan a ser inexactos, a pasarse de artistas frente a una fuente de Roma, el crítico corre, los alcanza y se interpone, estorbando, entre ellos y el lector. Los defectos de Brandes son notorios y se originan, algunos, en aquello que previene, al que mucho aprieta, de apretar poco. Sus ideas, las ideas generales, suelen ser las adecuadas, las necesarias. Rehuye, en cambio, los detalles que resultan contraproducentes para el diseño del cuadro. Otros errores provienen menos de Brandes que de su filosofía anatolefranciana (¿o fue France el brandesiano?), es decir, del escepticismo que de la religión cree comprenderlo todo menos lo sagrado. Creía, además,

<sup>12</sup> Georg Brandes, *Las grandes corrientes...*, I, *op.cit.*, pp. 630-631.



con demasiada seguridad en el poder iluminador de las anécdotas, como Sainte-Beuve, y desconfiaba de la orografía de los sistemas, tal cual la dibujaba Taine. Dejemos entonces a Brandes platicar un rato más con Madame de Staël y recordar, con ella, la temporada en que los agentes del emperador la seguían celosamente por Europa. En una ocasión se encontraron con un espía austriaco tan próximo a Madame de Staël que optaron por ponerle un lugar en la mesa.

Si Madame de Staël fue la presencia del pasado de Francia en la vida intelectual de Brandes, tocó a Georges Clemenceau (1841-1929) ocupar los últimos años “franceses” del crítico literario. Es infrecuente encontrarse con una amistad tan fresca, tan útil, entre un político y un escritor como la compartida por Brandes y Clemenceau. Se conocieron a principios de siglo, intercambiaron una buena correspondencia (no se conservan las cartas del danés pues Clemenceau destruía las cartas ajenas) hasta 1915, cuando rompieron ruidosamente.

Brandes inició la relación, una amistad inusualmente juvenil, llena de bromas y de bagatelas. Admiraba a los grandes hombres políticos y escribió sobre Clemenceau, un radical ejemplar, como lo había hecho sobre Ferdinand Lassalle y Benjamin Disraeli. Nacido en la Vendée y educado en un medio republicano, Clemenceau fue agitador juvenil contra Napoleón III, médico de pueblo, admirador de los Estados Unidos y de sus libertades (a diferencia de Brandes, quien encontró detestable al “país de los bárbaros rasurados”), alcalde de Montmartre y enemigo de la Comuna de París. Brandes lo admiraba por su ideario positivista, por su defensa de la separación entre la Iglesia y el Estado y por ser, en una medida que dejaba chico al crítico, un hombre de mundo, un viajero intrépido y un buen escritor aficionado.

Fue en el periódico de Clemenceau, *L'aurora*, donde se publicó el “J'accuse” de Émile Zola, el momento culminante del caso Dreyfuss, en 1898. Del periodismo de izquierda pasó Clemenceau a la presidencia del consejo en 1906. Gobernó hasta 1909 en lo que fue uno de los gobiernos más largos de la Tercera República. En esos años, Brandes creyó tener abierta la puerta a la cueva donde relucían los secretos del poder. A ese tipo de político le gustaba dar clase y a Brandes tomarla: compartían eso que Paul Valéry llamó después, pomposo y justo, “la política del espíritu”.

Llegó 1914 y la cosa se arruinó. Clemenceau apoyó ardorosamente la guerra y su fobia antialemana se convirtió en política de Estado cuando fue llamado, en 1917, a presidir nuevamente, con la guerra atascada en las trincheras, el gobierno. Su ruptura con Brandes había sido, para que se entienda la importancia que el crítico danés tenía en ese tiempo, una de sus cartas de presentación ante la opinión pública.

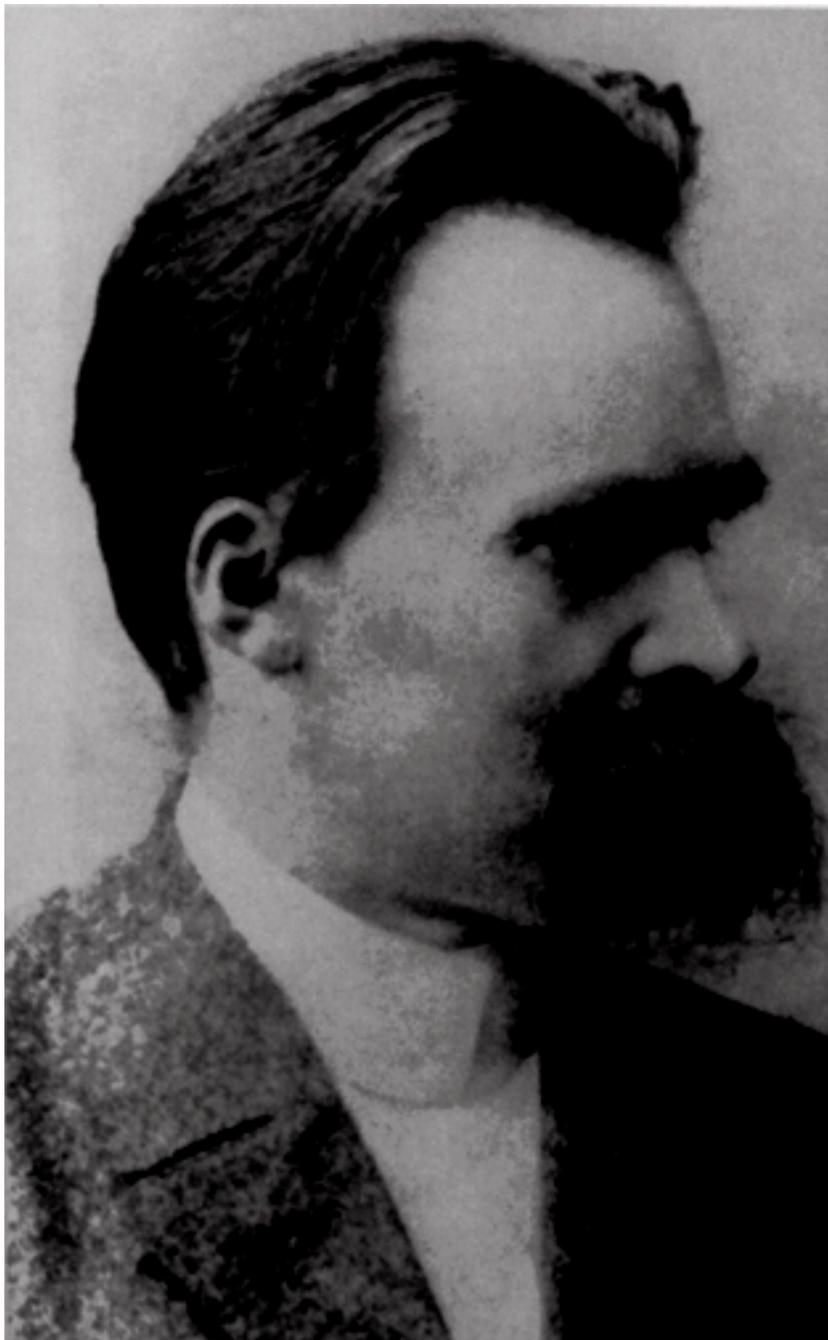
En 1915 Clemenceau insultó a los daneses, cuya declaración de neutralidad, decía el ferviente belicista, era la marca de una raza sin orgullo que se olvidaba de la mutilación sufrida en 1864 a manos del invasor alemán. Brandes le respondió con una carta abierta, exigiéndole respeto a las decisiones soberanas del reino de Dinamarca. Clemenceau volvió a la carga y dudó de la honorabilidad de Brandes (aludiendo a que en ese momento su hermano era ministro del rey), cerrando la polémica con una descalificación de los pacifistas que, según él, no estaban a la altura de la guerra de las democracias contra los imperios centrales.

Con amigos en cada nación contendiente, Brandes pasó días muy tristes pero logró lo que se proponía, irritar a todos los patriotas. Brandes, junto con otros intelectuales pacifistas como Romain Rolland, consideraba que la guerra era injustificable y que sólo servía, como lo creía la extrema izquierda, a los intereses del gran capital internacional. Y todo aquello por lo que se le alababa durante la Bella Époque se convirtió en materia y motivo para insultarlo. Alemanes o franceses, los periódicos lo insultaban por ser judío, ateo y antinacionalista, por ser afrancesado o germanófilo. Tarde en la vida, en 1926, volvió a París con la esperanza de hallarse con los ánimos más calmados. Apenas: se le recibió fríamente y un par de periódicos publicaron su foto junto al pie de página que recordaba la orden de destierro lanzada por Clemenceau: *Adieu, Brandes!*

Clemenceau había firmado el Tratado de Versalles en 1919, a disgusto porque consideraba que Alemania no había sido castigada tal y como lo merecía. Mucho de lo previsto por Clemenceau, con gran penetración y mala fe, se cumplió durante el rearme del nazismo, incluida su profecía de que la guerra europea recomenzaría en 1940. Meses después de esa fecha, Ernst Jünger, capitán del ejército alemán, anotaría con motivo del paso de su compañía por el París invadido: “También pasamos delante del monumento a Clemenceau, el cual previó bien estas cosas. Lo saludé con una pequeña inclinación de cabeza, como entre augures”.<sup>13</sup>

La “traición” de Clemenceau, significaba, para Brandes, ver cómo se extinguía el ideal del hombre político universal que se debe a los intereses generales de la humanidad antes que a la mezquindad del patriotismo. Terminaba una época de ilustración y pocos intelectuales se mantendrían a salvo de la euforia nacionalista: no en balde el viejo danés dedicó los últimos meses de la Gran Guerra a escribir su biografía de

<sup>13</sup> Ernst Jünger, *Radiaciones, I. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Tusquets, Barcelona, 1989, p. 221.



Nietzsche

Voltaire, el clérigo ejemplar. Entre Madame de Staël, la musa de la Europa antinapoleónica y Clemenceau, el político científico, había transcurrido el largo siglo XIX de Brandes.

#### 9. EL DESCUBRIDOR DE NIETZSCHE

La Gran Guerra convenció a Georg Brandes, quizá, de que era un solitario y que siempre lo sería, que giras triunfales como aquella de Nueva York, disuelta por la policía apenas en junio de 1914 cuando quienes iban a escuchar su conferencia sobre Shakespeare se amotinaron, eran una ilusión. Confinado en Copenhague, a la vez víctima y vocero de la neutralidad danesa, Brandes volvía a ser un hombre apartado del mundo, presa de la zozobra de tener amigos dispersos en países beligeran-

tes, algunos de los cuales, fuese cual fuese el desenlace de la contienda, no le perdonarían su pacifismo. Caía sobre él, lógicamente, la melancolía de ver derrotada a la civilización a cuya literatura había dedicado ese monumento antinacionalista que eran *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX* (1872-1890).

En ese trance, Brandes se refugió en los hombres representativos que habitaban las necrópolis preferidas de un hombre a quien la muerte y su encanto sobrenatural le entusiasmaban muy poco. Dedicó esos años a escribir una biografía de Julio César y otra más de Voltaire (1918), y de Miguel Ángel (1921), y de Goethe (1922).

Las biografías no son lo mejor entre lo que escribió Brandes: su tendencia al equilibrio, su gusto por la ponderación, lo convierten, a veces, en sólo un biógrafo de referencia, más preocupado en edificar al público que en explorar la vida de los grandes hombres. Tendía como biógrafo a la producción de estatuas en distintos tamaños, a la manera de las que pueden verse en el museo que reúne, en Copenhague, las colecciones del escultor Bertel Thorvaldsen (1770-1844), tan admirado por Brandes. Pero antes que Stefan Zweig, Emil Ludwig y André Maurois, del auge comercial de la biografía, estuvo Brandes y en él se inspiraron.

Personajes menos aparatosos, como Benjamin Disraeli (1804-1881), el primer ministro de origen judío de la reina Victoria o Ferdinand Lassalle (1825-1864), el jefe socialista alemán, también judío, se prestan mejor a su talento retratístico. O John Stuart Mill, a quien el crítico conoció en Roma en 1870 y de quien dejó un retrato, en *Creative Spirits of the Nineteenth Century* (1924), que en realidad dibuja a la pareja compuesta por Mill y su llorada esposa, retrato que a Brandes, a la vez un feminista y un hombre a quien le aburría el matrimonio, no podía serle indiferente. Tuvo Brandes varias amigas, algunas sus amantes, otras no, casi todas ellas casadas, con las que recorrió el continente, haciendo gala de una osadía escandinava que escandalizaba.

Pero volvamos a Disraeli y a Lassalle, que a diferencia de los Goethe y de los Voltaire, no eran inalcanzables para su biógrafo, un judío emancipado que los tenía por sus héroes con esa discreción (o cierta vergüenza) que caracterizaba los tratos de aquel judaísmo decimonónico con la gentilidad. Brandes amaba a Lassalle como lo amó el poeta Heine y tantos otros de sus contemporáneos, amor que como biógrafo hubo de medir en *Ferdinand Lassalle* (1881), un libro sencillo y bien documentado. Puente que a la distancia parece fantástico entre Marx y Bismarck, padre del movimiento obrero y de su socialdemocracia lo mismo que profeta del nacionalismo prusiano, Lassalle murió en un duelo, tras haber contrariado a la familia de su amada. *Grand oiseur et grand poseur*, Lassalle es el héroe román-

tico y de Brandes y es natural que ninguno de los escritores románticos de los que hizo historia literaria le merezcan tanto entusiasmo.<sup>14</sup>

¿Disraeli o Lassalle? A esa disyuntiva que refleja dos ejemplos no tan contrastantes del triunfo judío dedicó Hans Mayer un capítulo de su *Historia maldita de la literatura* (1975), libro en el cual, entre muchos otros descubrimientos capitales, leí por primera vez el nombre de Brandes.<sup>15</sup> Retomando la disyuntiva que Mayer ofrece, digamos que Brandes fue, durante muchos de los años de Victoria y de su hijo Eduardo, el primer ministro de la literatura europea, de origen extraño (danés y judío) y por ello, figurativamente ennoblecido en tanto que conservador de la tradición, como Disraeli lo fue, en los hechos al ser convertido por la reina en Lord Beaconsfield. Pero al mismo tiempo, Brandes era otro de los típicos “aventureros judíos”, el compañero de Ibsen y el corresponsal de Nietzsche, un feminista de reputación sulfurosa ligado al mundo radical.

Los ochenta años de Brandes le fueron festejados en 1922 con un entusiasmo internacional que asombra. Fue comparado con Miguel Ángel, exaltado como el único danés que le haría compañía inmortal, no sé si en el paraíso o en el infierno, a Hamlet y regalado, tras ascender trabajosamente la Acrópolis, con una recepción en que se burló del rey Constantino de Grecia, su anfitrión. En 1925 fue Freud quien lo visitó en Viena y logró entusiasmarlo con sus teorías, que el viejo crítico había despachado como expresión del ánimo psicalíptico del decadentismo. La vida pública de Brandes se extinguió tras despedirse de Romain Rolland, su camarada pacifista durante la Gran Guerra y tras pasar por el cedazo de André Gide, el nuevo maestro, con el cual no congenió gran cosa. Apollinaire —al parecer el tema del desencuentro— no podía ya ser apreciado por Brandes, quien murió con la mente lúcida en Copenhague, tras una visita de su nieto, el 19 de febrero de 1927.

Fue Brandes uno de los grandes críticos literarios. Por la variedad de sus intereses y su ánimo cosmopolita supera con mucho a Sainte-Beuve que, como Roland Barthes un siglo después, poquísimos interés tuvo en las literaturas que no estaban escritas en francés. Tiene su mérito que Brandes haya logrado el dominio de la literatura contemporánea habiendo nacido en Dinamarca, un país pequeño y entonces humillado, y que lo haya hecho escapando de los límites de una lengua minoritaria, logro que compartió con el noruego Henrik Ibsen (nacido en 1822) y al sueco August Strindberg (nacido

en 1849), quienes fueron, en buena medida, su hermano mayor y su hermano menor. De no haber invertido tal cantidad de tiempo en supervisar sus traducciones al alemán y al inglés, Brandes hubiera escrito más, mucho más, lo cual no habría sido necesariamente bueno.

No tuvo Brandes, para seguir con las comparaciones, la aguda, certera, selectiva inteligencia de Cyril Connolly ni se respaldó en una teoría de éxito universitario, como Taine y Barthes. Pero fue tan influyente Brandes, durante la Bella Época, como le serían después los estadounidenses Lionell Trilling y Edmund Wilson, a los que se parece por haberse dirigido a los lectores con un mensaje público y liberal sin renunciar a hacerlo desde la torre de marfil o el castillo de Axel. Fue Brandes, finalmente, más un conferencista que un profesor y su influencia hace un siglo, parecida a la actualmente disfrutada por George Steiner y Harold Bloom, no contó con la hospitalidad de La Sorbona, Yale u Oxford. Y quizá tampoco necesitó de ella.

Todo el párrafo anterior puede abonarse a la historia trágica o maldita o fatalmente parasitaria, de la crítica literaria siempre y cuando se asuma que Brandes, gracias a su prominencia como crítico, vivió su gran momento como el descubridor que fue de Friedrich Nietzsche. Al leer al filósofo (y escribirle cartas y promoverlo con entusiasmo) Brandes mostró su propia estatura y cambió el sentido de su posteridad. ¿A los filósofos no se les descubre como si fueran continentes o estrellas? Quizás aproximarse a ellos, atisbarlos en el horizonte, darles un nombre y traducirlos y efectuar las tareas de desembarco en la nueva tierra, requiera del talento náutico del descubridor, del norte del cartógrafo, de la imaginación del cruzado, de la temeridad del conquistador y todos esos atributos los desplegó Brandes ante Nietzsche.

No fue Brandes el primero de los lectores extranjeros de Nietzsche pero fue el más oportuno, la persona exacta que la obra del autor de *Humano, demasiado humano* (1878), necesitaba en ese momento, cuando el filósofo se estaba alejando del mundo de los cuerdos. Sören Kierkegaard, el filósofo danés cuya pesadísima herencia substituyó el crítico por la de Nietzsche, había dicho que al crítico lo define el sentido de la oportunidad. A su verdadera cita llegó Brandes puntualmente. Y Nietzsche quien hablando contra Sainte-Beuve condenaba, en *El crepúsculo de los ídolos* (1889), a los críticos a errar como eunucos, ajenos a la virilidad del creador, acabaría por deberle su reconocimiento a un personaje que se ajustaba a esa caricatura.

El nietzscheanismo, como lo explica Ernst Nolte, nació cuando Nietzsche ya se había hundido en las tinieblas. El Archivo fundado por su hermana Elisabeth Förster-Nietzsche arrancó como sede de la propaganda sectaria mientras el filósofo deliraba puertas adentro

<sup>14</sup> Georg Brandes, *Ferdinand Lassalle*, Adamant / Elibron Classics, 2005. Reproducción facsimilar de la edición de Nueva York de 1911.

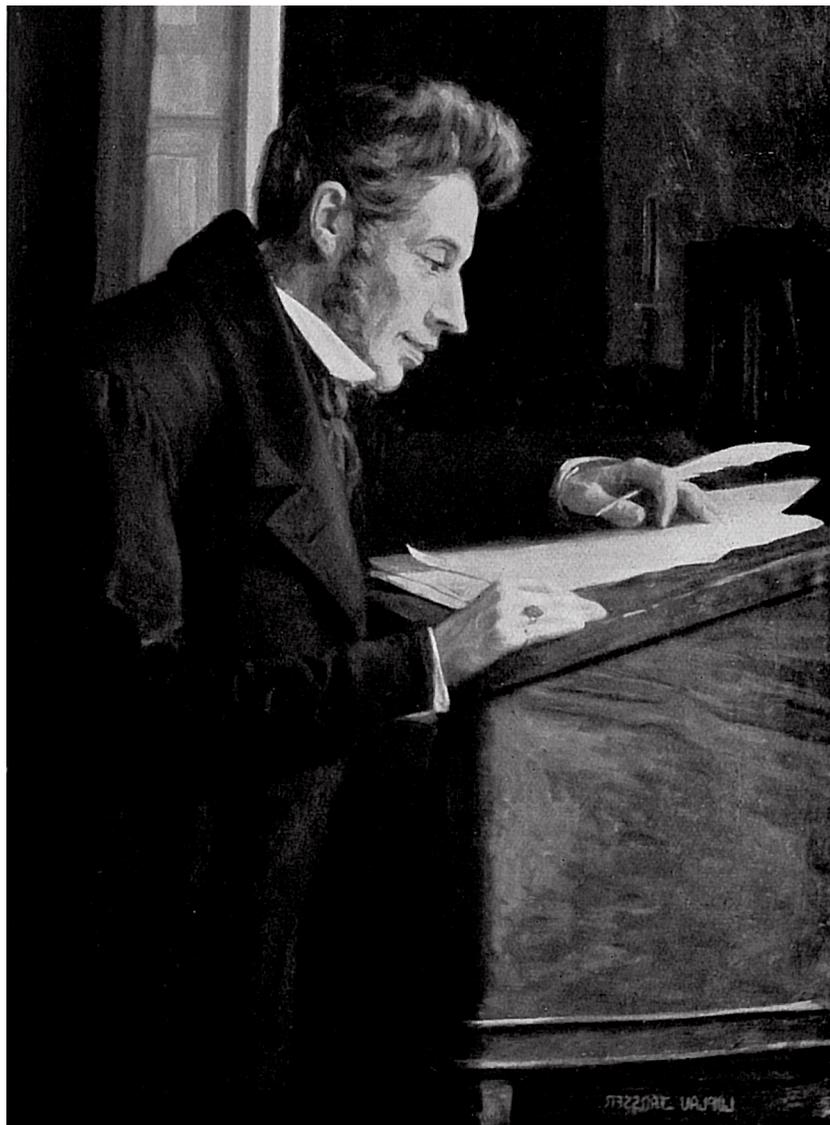
<sup>15</sup> Hans Mayer, *Historia maldita de la literatura*, Taurus, Madrid, 1977, p. 343.

del edificio, primerísima reliquia del nuevo culto.<sup>16</sup> Apenas tres años antes, a fines de 1887, cuando Brandes le escribe a Nietzsche por primera vez, el filósofo era poco conocido más allá de las indignadas facultades de filología. Había un círculo de fieles en Viena y otro en Berlín: con este último, a través de Paul Rée y de Lou Andreas-Salomé, debió el crítico entrar en contacto con los primeros nietzscheanos. Brandes ignoraba, por cierto, intimidades como el triángulo de 1882 entre Rée, Lou Andreas y el filósofo, pues en una de las cartas le pregunta, candorosamente a Nietzsche, si los conoce.<sup>17</sup>

*El radicalismo aristocrático*, el ensayo de Brandes sobre Nietzsche, aparecido originalmente en *Deutsche*

<sup>16</sup> Ernst Nolte, *Nietzsche y el nietzscheanismo*, Alianza, Madrid, 1990.

<sup>17</sup> Georg Brandes, *Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, seguido de la *Correspondencia particular entre Georg Brandes y Friedrich Nietzsche, desde el 26 de noviembre de 1887 al 4 de enero de 1889, con un artículo necrológico de Brandes sobre Nietzsche, escrito en 1890*, traducción de José Liebermann, Sexto Piso, México, 2004 y Madrid, 2008, p. 99. Se trata, al parecer, de la reedición de una vieja traducción argentina, que incluye algunas erratas y anacronismos. En Paul Krüger, *Correspondance de Georg Brandes, III, L'Allemagne*, Rosenkilde og Bagger, Copenhague, 1966, pp. 380-392, se encuentra anotada (en francés) la correspondencia Brandes / Nietzsche, originalmente escrita en alemán.



Kierkegaard

*Rundschau*, en 1890, se vio seguido por la primera oleada de nietzscheanismo, crecida por la eficaz propaganda negativa de Max Nordau, quien en *Degeneración* (1892) incluyó a Nietzsche como una especie particularmente ponzoñosa en el bestiario de la literatura y el arte modernos. El morbo atrajo a Gabrielle D'Annunzio, a Bernard Shaw y a W.B. Yeats, quienes ofrecieron, en la novela, en el teatro y en la poesía, variaciones de la novedosa doctrina. Pronto el bacilo se esparció hacia Rusia, donde se convirtió un grupo de “marxistas legales” que incluía a Máximo Gorki, al futuro existencialista cristiano Berdiaev y a Anatoli Lunachartsky, quien sería ministro bolchevique de cultura. A ese tiempo apostólico se remonta la idea de casar a Nietzsche con Marx y esas malhadadas nupcias dieron como resultado que el primer nietzscheanismo haya sido, pese al escándalo que suscitaba entre los socialdemócratas alemanes, una doctrina de izquierdas, herética, ateizante, anticristiana, contestataria y antisemita (lo cual entonces era común), que hizo ebullición precisamente en los salones de los socialistas, los anarquistas y las mujeres cultivadas que Nietzsche execraba.

Que Brandes haya sido el descubridor de Nietzsche tiene su razón de ser en la propia literatura escandinava y nada más justo que fuese el crítico danés quien comunicara la buena nueva a Ibsen y a Strindberg, instándolos a leer al filósofo que ellos habían anunciado sin saberlo ni sospecharlo, preparando al mundo, con *Espectros* (1881) y *La señorita Julia* (1888) para el evangelio de *Así habló Zaratustra*. La opinión que Nietzsche tenía de Ibsen no era buena (lo llama “solterona” en *Ecce homo*) pues no se percataba de que la feroz crítica de las costumbres emprendida por los escandinavos tenía un fondo irracional que le competía.

El descubridor de Nietzsche no fue un nietzscheano. Se quejó de su grosera parada de profesor alemán y lo previno, un tanto ingenuamente, contra la tendencia de los filósofos a deducir teorías generalizando experiencias personales. No le escribió Brandes (que era dos años mayor que Nietzsche) por vez primera con ánimo de próselito ni lo cortejó con servilismo y cuando se enteró, primero de su colapso y diez años después, de su muerte, lo compadeció en un tono recatado y burgués. En aquella carta del 26 de noviembre de 1887, Brandes confesaba: “Usted no se parece a mí, es otro y tan otro, que no me siento tranquilo en su presencia”.<sup>18</sup>

Brandes antepone, casi de inmediato, sus reservas ante la condena nietzscheana de la piedad y le aclara que no transige (ni lo hará) con la misoginia del filósofo,

<sup>18</sup> Georg Brandes, *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, op.cit., p. 99.

que en *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático* atribuirá a las malas experiencias de Nietzsche con las mujeres, de las que tenía, concluye, un escaso conocimiento. A Strindberg, también, Brandes lo regañó por su antifeminismo, lo cual no quiere decir que el crítico gozara de la admiración unánime de las feministas escandinavas, con las cuales tuvo virulentas polémicas.<sup>19</sup>

En su respuesta, escrita en Niza el 2 de diciembre, Nietzsche halaga a Brandes, llamándolo —el gran elogio en boca del filósofo— “buen europeo”, pero lo ofende al decirse agradecido de que “un misionero de la cultura, como usted”, se cuente entre los escasos admiradores de su obra, entre los que menciona a Jacob Burckhardt, Hans von Bulow, Taine y Gottfried Keller. A vuelta de correo Brandes le responde diciéndole que lo de buen europeo pasa pero no la calificación de misionero, pues “odio toda misión; no he encontrado en mi vida más que misioneros moralizantes”.<sup>20</sup>

Se equivocaba Brandes al darle un cariz moralizante o cristiano a lo que se le señala pues el crítico era, en gran medida, un misionero ciertamente dedicado a la propagación de la gran tradición europea en la cual tuvo el tino de colocar a Nietzsche como el último avatar de Voltaire y Goethe. Pero Brandes no era, como Nietzsche se autodefinió, “un campo de batalla”, sino una ecúmene donde convivían el romanticismo y el clasicismo, Stuart Mill y Strindberg, y a la cual había que agregar todas las incidencias de la guerra nietzscheana.

A través de las cartas, que sólo fueron veintidós de ida y vuelta entre 1887 y 1889, los nuevos amigos intercambian retratos (“¡Qué ojos tiene usted!”, dice Brandes), comparten a sus dioses penates (Stendhal, Taine) y hablan del romanticismo alemán. Brandes confiesa que *La joven Alemania* (el tomo que cierra *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX*) no es su mejor libro (lo cual es cierto) y Nietzsche repite su conocida noción de que el verdadero romanticismo alemán está en la música y no en la literatura, donde dominan los franceses. Nietzsche, a pedido de Brandes, le envía unas notas biográficas un tanto fantasiosas con las que el crítico, tras quejarse del desorden de sus propios métodos de trabajo, elaborará el ensayo de 1890. Y difieren sobre Dostoievsky. A Brandes, autor de unas *Impressions of Russia* (1889) y a quien se le impediría (por su simpatía por la independencia polaca) dar una nueva gira de conferencias en Rusia, no le gustaba Dostoievsky. En un tono inusualmente duro, le escribe el crítico: “Es un gran poeta, pero un ser repugnante, cristianamente

emocional y al tiempo sadista [sic]. Toda su moral es la que usted llama moral de esclavos”.<sup>21</sup>

Lo esencial, en la correspondencia, es el alborozo de Nietzsche ante las conferencias dadas por Brandes en Copenhague sobre su obra y su felicidad ante el término “radicalismo aristocrático” que el crítico había encontrado para definir toda su obra. A cambio, Nietzsche ofrece, en la carta del 19 de febrero de 1888, uno de sus más preclaros atisbos como agonista de la modernidad: “Le estoy muy agradecido por sus observaciones sobre modernidad, porque casualmente en este invierno me preocupa menos este problema, con seguridad el más importante de todos: floto alrededor de él, como un pájaro, con la mejor intención de observarlo desde arriba con un ojo lo menos moderno posible”.<sup>22</sup>

“Somos un par de comediantes satisfechos de habernos encontrado”, festeja Nietzsche. Brandes le recomienda las sagas islandesas, le cuenta cómo ha entusiasmado a Ibsen y a Strindberg (y éste y Nietzsche alcanzarán a intercambiar algunas cartas con motivo de *El caso Wagner*) con su obra. Finalmente, quiso iniciarlo en el conocimiento de Kierkegaard, espíritu religioso y “cristiano absoluto” que el liberalismo de Brandes nunca hubo de digerir del todo. El alemán, que se dijo entusiasmado ante la posibilidad de leer al “psicólogo” danés, ya no tuvo tiempo de hacerlo y no hay acuerdo entre los especialistas si a Nietzsche le hubiera sido de provecho el autor de *Temor y temblor*.<sup>23</sup>

Nietzsche nunca llegó a leer *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, publicado cuando ya se encontraba al cuidado de su madre, tras el incidente de Turín en que el filósofo se abrazó al cuello de un caballo para protegerlo del látigo del cochero. Pero tal como Nietzsche se había presentado flotando alrededor del problema de la modernidad, Brandes lo había distinguido, a primera vista, entre los modernos, sagacidad que el crítico ya había probado previamente, ante Flaubert, Renan, Taine, Stuart Mill o inclusive, George Sand. Ello no quiere decir que Brandes haya comprendido la totalidad del fenómeno, desmesura que se les suele pedir, con la mano en la cintura, a los descubridores. Es notorio que ignoraba parte de la obra y que la fuente principal de *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático* son *Así habló Zaratustra* (1883-1885) y las *Consideraciones intempestivas* (1873-1876): el primero le parece a Brandes, entre otras cosas, un poema “polaco” al estilo de los Mickiewicz y

<sup>19</sup> Sobre las polémicas con Ellen Kay y otras feministas, ver Doris R. Asmudsson, *Georg Brandes. Aristocratic Radical*, University Press, New York, 1981.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 104.

<sup>21</sup> Véase el resumen que hace Curt Paul Janz de la relación entre Nietzsche y Brandes en *Friedrich Nietzsche. 3. Los años del filósofo errante*, Alianza, Madrid, 1985 y 1994, pp. 469-473.

<sup>22</sup> Georg Brandes, *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, *op.cit.*, pp. 94-98.



Brandes en una caricatura de Olaf Gulbransson

los Slowacki, y las segundas lo impresionan por el anti-historicismo, la idea de que los sofismas del historiador tornan inepto al hombre y corrompen su educación, acaso la idea nietzscheana que más lo perturbó.

En *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, a su vez, Brandes identifica a Nietzsche con el militarismo prusiano y se vacuna contra la interpretación parafascista y totalitaria que del nietzscheanismo se hará, sobre todo, a partir de 1914. Ibseniano, Brandes celebra que Nietzsche, como el dramaturgo noruego, encuentre en el Estado al “más frío de los reptiles fríos”.<sup>24</sup> Pero la Gran Guerra separará aún más al pacifista Brandes del nietzscheanismo. Tanto él como Nietzsche eran “veteranos” de la guerra franco-prusiana de 1870, el toque de clarín de su siglo, la movilización total que los tras-

tocó. Él primero la vivió como un personaje de *La educación sentimental*, a salto de mata con su amante, mientras que el segundo, que la hizo de enfermero, quedó fascinado por el sacrificio.

No es raro, tampoco, que de las opiniones nietzscheanas sobre los judíos, no diga nada Brandes. En ese entonces, antes de las falsificaciones fabricadas por su hermana, Nietzsche podía pasar, al mismo tiempo, como antisemita y como prosemita, oscilaciones que un judío integrado como Brandes compartía en cuanto disidente anticristiano. Y finalmente, ambos recelaban de que una única civilización, “americana”, desplazara a Europa del centro de la historia. Nada bueno sacó Brandes de su visita de 1914 a los Estados Unidos, ese pueblo, según decía, de “bárbaros rasurados”.

Particular importancia tienen, en la correspondencia, los intercambios sobre la Revolución Francesa y su legado. Se habla de Chamfort (“¡Guerra a los castillos, paz a las chozas!”) y Brandes le critica a Taine lamentar, ante 1789, un terremoto y, acto seguido, pronunciar un discurso ante él. Nietzsche hace acuse de recibo y se pinta como hijo, pese a todo, de la Revolución Francesa, ante la cual es imposible no pasar por quijotesco. Ésa es la ilusión suprema que anima a los modernos, parece reconocer Nietzsche.

Fue recibiendo Brandes los libros de Nietzsche en pliegos que aquél mandaba encuadernar, práctica común en ese entonces para ahorrar en el precio del flete y ofrecerle al corresponsal el gusto de escoger la encuadernación al estilo de su biblioteca. Y fue en el otoño de 1888 cuando Nietzsche, que entonces trabajaba en *La voluntad de poder*, comenzó a enviar las llamadas “notas de locura” que recibieron, entre otros: Peter Gast, Cosima Wagner, Erwin Rohde, el cardenal Mariani, los Overbeck, el rey Umberto de Italia. Brandes recibió la suya, escrita en Turín el 4 de enero de 1889 y que decía: “Al amigo Georg: Después de que me has descubierto ya no fue difícil llegar hasta mí. Ahora la dificultad consiste en librarse de mí. *El crucificado*”.<sup>25</sup>

Es difícil pensar en una epopeya del reconocimiento tan venturosamente resumida.

Viejo, Brandes decía que había conocido *personalmente* a Nietzsche y decirlo era más una ambigüedad que una mentirilla. En el artículo necrológico que escribió en 1900, se enorgulleció de haber vivido en un reino, lírico y crítico, marcado, en un extremo por Ibsen y en el otro por Nietzsche. “Yo por casualidad, fui amigo de los dos”. Falsa modestia de Georg Brandes, el danés errante, el amigo de Europa. ■

<sup>24</sup> Georg Brandes, *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, op.cit., p. 94.

<sup>25</sup> Georg Brandes, *Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*, op.cit., p. 137.